

dos potvales muertos en 1784 en la costa francesa, y con los setenta globiocéfalos que sucumbieron en 1812 en el mismo paraje. En la historia de estos últimos cetáceos tenemos un ejemplo de la frecuencia con que se desvian de su acostumbrado itinerario: baste decir que el paso de las grandes bandadas de globiocéfalos cesó casi del todo en las islas de Feroe, desde 1754 hasta 1776, es decir, por espacio de veintidos años; desde entonces, estos animales han vuelto á pasar todos los años, observándose que en el último decenio su número aumenta en vez de disminuir.

»Esta desviación del camino acostumbrado, que puede tener también por objeto penetrar en las desembocaduras de los ríos, es causa de que las olas arrojen de vez en cuando mayor número de cetáceos á la costa, y de que estos caigan en poder de los habitantes, como á veces sucedió en años anteriores con la ballena de Groenlandia, que hoy día solo se encuentra en el extremo norte.

»Los cetáceos, así como todos los animales de paso en general, son muy sociables: allí donde abunda el alimento se encuentran muchas veces centenares y hasta más de mil individuos juntos, y no solo de la misma, sino también de diversas especies. Según dicen los habitantes de las costas, en pos de las grandes bandadas suelen ir varios individuos de especie distinta. En los cetáceos se observa que el cariño de la madre á su prole es superior á casi todo lo que vemos en otros animales, siendo la madre la que principalmente se cuida de la educación y protección de los hijuelos. Por eso las grandes manadas que antes se observaban constaban principalmente de hembras conducidas solo por algunos machos adultos. La reunión de los cetáceos en grupos más ó menos considerables reconoce pues por causa la necesidad de buscar el alimento común, la sociabilidad, y las exigencias de familia; pero en muchas especies influye también, como en los animales de paso en general, el instinto de reunirse durante los viajes.»

Todos los cetáceos nadan con la mayor facilidad sin visibles esfuerzos; algunos con una rapidez increíble. Por lo regular permanecen en la superficie del agua, siendo probable que solo bajen á las grandes profundidades cuando están heridos: la capa superior del agua es su verdadero dominio.

Sacan la cabeza y una parte del lomo para aspirar el aire; su respiración es singular. Llegado á la superficie, el cetáceo sopla ruidosamente el agua que ha penetrado en sus fosas nasales, mal cerradas, y lo hace con tal fuerza, que aquella columna de agua, reducida á menuda lluvia, se eleva á una altura de 5 ó 6 metros: diríase que es un chorro de vapor que se escapa de un estrecho tubo, con la particularidad de que el ruido que produce se parece también al que hace aquel. No es, por consiguiente, un chorro de agua semejante al de una fuente, y tal como lo representan los dibujantes ó lo han descrito algunos naturalistas. A esta espiración sigue una inspiración ruidosa y rápida; el animal hace á veces cuatro ó cinco en un minuto; pero solo la primera va precedida de la evacuación del líquido. Las fosas nasales están dispuestas de tal manera, que son siempre la primera parte del cuerpo que sale fuera del agua. La ballena que nada tranquilamente, respira una vez cada minuto y medio, poco más ó menos; pero su inmersión puede ser mucho más larga. Scoresby dice que á una ballena herida le es posible resistir hasta veinte minutos sin respirar: en este caso, la sangre oxigenada que se conserva en las bolsas arteriales, contribuye notablemente á disminuir la necesidad de aspirar el aire; pero al fin es tan fuerte aquella, que el cetáceo debe aparecer en la superficie so pena de asfixiarse. Cuando á uno de estos animales le falta el aire, se ahoga como otro cualquier mamífero, y en muy corto espacio de tiempo: una ballena

que había quedado cogida en los cables con los que se ató otra, murió á los pocos minutos. Difícil es comprender cómo estos animales, cuya respiración es, sin embargo, aérea, mueren rápidamente cuando están en seco: no puede ser seguramente por falta de aire, ni tampoco debe matarles el hambre en tan corto tiempo; pero sea de ello lo que fuere, el hecho es que el cetáceo encallado en la costa perece sin remedio y pronto.

Varias veces ha surgido la cuestión de si los cetáceos tienen voz ó no. Esta cuestión puede resolverse desde luego afirmativamente, puesto que, existiendo cuerdas vocales, no podría comprenderse por qué estas no llenarían sus funciones. Por otra parte, se han hecho observaciones bastante fidedignas y muy terminantes sobre el asunto: cuando los cetáceos se ven amenazados, cuando les afligen crueles heridas ó son arrojados á la costa, ó en fin, cuando se hallan en peligro de muerte, profieren á veces ruidosos gritos. Según aseguran todos los que oyeron estas voces, los sonidos que emiten en tales circunstancias no pueden compararse con ninguno de los que produce otro animal. Consisten en una especie de rugido que con justa razón se califica de terrible y espantoso, tanto más cuanto mayor es el animal que los emite. No creo que hasta ahora se haya podido averiguar con seguridad si los cetáceos se valen también de su voz para comunicarse con otros de su especie; mas parece que las observaciones hechas en individuos arrojados á la costa indican algo en pro de esta opinión.

Todos estos seres son carnívoros, y solo por excepción se nutren de vegetales, no estando probado aun que las algas que se encuentran en el estómago de la ballena Boops y los frutos que suelen aparecer en el de una especie de delfín, los hayan realmente comido dichos seres, los cuales se alimentan de animales marinos, pequeños ó grandes, de cualquier clase que sean, notándose la singularidad de que los de mayor talla se nutren de los más diminutos. Los narvales y delfines, por el contrario, son verdaderos carnívoros, que ni aun respetan á sus semejantes cuando son más débiles; las ballenas no comen sino pececillos, crustáceos, moluscos desnudos y anélidos, etc. Fácil es comprender el inmenso número de seres que necesitan aquellos gigantes para su conservación; una sola ballena se traga cada día miles y aun millones de ellos.

Todos los cetáceos son sociables, observándose que donde el hombre no ha turbado aun su reposo, forman numerosas manadas; todos se manifiestan el mayor cariño; el macho y la hembra, en particular, se profesan mucho afecto.

Carecemos de datos precisos acerca de la época del apareamiento: acaso se verifique todo el año, y sobre todo á fines del verano. Las manadas se dividen entonces en parejas, que viven solas largo tiempo: el macho manifiesta su ardor golpeando las aguas con sus fuertes aletas y agitando las olas á su alrededor; échase de espaldas, levanta la cabeza, salta sobre la líquida superficie, se sumerge y reaparece de nuevo, cual si quisiera seducir á la hembra con estos movimientos.

El apareamiento se verifica de diferentes maneras; unas veces se pone el macho sobre la hembra; otras se colocan los dos de lado; ó ya, en fin, toman una posición más ó menos vertical en el agua. La fuerza reunida de ambos, según dice Scammon, facilita cualquiera postura durante el acto.

Ignórase cuánto tiempo dura la gestación, aunque se cree sea de nueve á diez meses, por más que falten las pruebas de ello. Es probable que las hembras de las pequeñas especies no estén preñadas más de nueve meses; pero en las grandes pudiera ser este período de veinte ó veintidos meses lo mismo que de nueve ó diez.

Aquí debemos tener presente la citada observación de Steenstrup, quien dice que la madre se presenta cada dos años en ciertos sitios para parir. Sobre el parto mismo nos faltan datos: ni siquiera sabemos qué hace la madre para obligar á su hijuelo á mamar. Otros mamíferos marinos nacen ya en tierra firme, donde nada impide su libre respiración, ó cuando salen á luz en el agua, como sucede con los sirenios, la hembra los coloca con ayuda de las aletas pectorales junto á los pezones, sosteniéndolos probablemente mientras maman sobre el agua; los cetáceos, por el contrario, deben hacer necesariamente desde el primer momento de su vida los mismos movimientos que los adultos para no sofocarse, y de consiguiente han de observar en lo esencial el género de vida de sus padres. De aquí resulta que deben nacer muy desarrollados para poder vivir. Según varias observaciones, al nacer miden ya una cuarta parte del tamaño de los adultos, pero no tienen las facultades para obtener por sí mismos el alimento; es preciso, por el contrario, cuidarlos muy bien y amamantarlos mucho tiempo. Observadores de otro tiempo dijeron que la hembra nada cuando amamanta á su hijuelo, arrastrándole pendiente de los pezones; pero Scammon dice que al cumplir sus deberes maternos se echa en el agua como rendida de cansancio, levantando casi toda la parte superior de su tronco sobre la superficie é inclinándose un poco de lado, á fin de proporcionar la mayor comodidad posible á su hijuelo. La posición de las mamas es sin duda muy favorable para esto, y quizás el recién nacido se apresura á mamar aun antes de perder el cordón umbilical. Mas tarde coge con la punta del hocico el pezón y chupa necesariamente á intervalos, pues debe subir de vez en cuando á la superficie para respirar. Las especies pequeñas se destetan probablemente mucho antes que las mayores, las cuales no son apenas aptas para buscar el alimento por sí mismas antes de cumplir un año. Hasta entonces la madre cuida con un cariño conmovedor á su prole, y no la abandona nunca mientras vive. Parece que los hijuelos crecen muy lentamente y que las grandes especies no son aptas para la reproducción hasta la edad de veinte años: ignórase cuál es la duración de su vida.

Se admite que la vejez se indica por el color más gris de la cabeza y del cuerpo; por cambiarse las partes blancas en amarillas; por la disminución del aceite, la dureza de la grasa y la tenacidad de las partes tendinosas; pero no tenemos datos para determinar en qué época comienzan á producirse semejantes cambios.

Los cetáceos son presa de varios enemigos, particularmente en la juventud: el delfín y la orca persiguen á los ballenatos pequeños, y aun á los individuos grandes, y durante varios días se alimentan de su gigantesco cadáver; pero el hombre es para estos animales el enemigo más destructor. Hace ya más de mil años que los persigue, lo cual hace que estén próximas á extinguirse varias especies.

En caso de peligro, se defienden los cetáceos mutuamente: las madres, en particular, luchan con gran valor para salvar su prole.

Las especies pequeñas se sirven de sus dientes como arma ofensiva; las grandes procuran eludir el peligro con sus continuos movimientos. Teniendo en cuenta su enorme talla, estos pesados animales no son adversarios muy peligrosos; así es que el hombre no se arredra ante su furor ni le atemorizan los esfuerzos que hace para escapar.

PESCA.—Es probable que el hombre se contentara al principio con aquellos cetáceos que el mismo mar le proporcionaba, es decir, con los que las tempestades arrojaban á las playas. Solo más tarde pensaría en medir sus fuerzas con esos gigantes del mar. Atribúyese á los vascongados el honor de

haber sido el primer pueblo que en los siglos XIV y XV armaba buques propios para la pesca de la ballena. Al principio limitábanse estos atrevidos marinos á buscar las teroballenas en el golfo de Vizcaya; pero ya en 1372, poco después de la invención de la brújula, dirigiéronse hácia el norte, donde hallaron los verdaderos territorios de los cetáceos. Consta que á pesar de todos los peligros que ofrecían aquellos mares desconocidos y el terrible clima, penetraron hasta la desembocadura del río San Lorenzo y la costa del Labrador. En 1450, los armadores de Burdeos equiparon también buques para la pesca de la ballena, y se buscó esta rica presa en las partes orientales del mar Glacial. Las guerras civiles paralizaron la navegación y el comercio de los vascongados; y en 1633, habiendo invadido su país las tropas del rey, concluyóse para siempre su pesca de ballena. Sin embargo, el grandioso éxito que tuvo la empresa había despertado sin duda la codicia de otros pueblos marítimos, pues ya en el siglo XVI se presentaron los ingleses, y poco después los holandeses en los mares de Groenlandia. Dícese que los pescadores emigrados de Vizcaya enseñaron á los dos pueblos septentrionales el arte de pescar la ballena. La ciudad de Hull armó en 1598 los primeros buques; y en Amsterdam se fundó en 1611 la sociedad destinada á dirigir sus expediciones hácia los mares del Spitzberg y de Nueva Zembla. Muy pronto este ramo de la navegación creció en importancia, y sesenta años después salieron de los puertos holandeses 139 buques tripulados por balleneros. Mas tarde llegó esta pesca al apogeo de su importancia. En los años de 1676 á 1722 los holandeses armaron 5,886 buques, que en este tiempo se apoderaron de 32,907 ballenas, cuyo valor total ascendería entonces á 400.000,000 de francos. Aun á fines del siglo pasado efectuábase esta productiva pesca con mucha afición. Federico el Grande mandó equipar en 1778 varios buques para esta pesca, y los ingleses tenían en la misma época 222 en los mares septentrionales.

Actualmente los americanos son los pescadores de ballena más aficionados. Según una lista compuesta por Scammon, se ocuparon en el período de 1835 hasta 1872, esto es, durante treinta y ocho años, 19,943 embarcaciones, es decir, 17,685 *barks* y *vollships*, 907 *briggs* y 1,351 *shoners* y *sloops*; estos buques recogieron 3,671,772 toneladas de esperma y 6,553,014 de aceite, cuyo valor ascendía á 272.274,916 duros. Según dice Scammon, para obtener esta cantidad se necesitaron 3,865 potvales y 2,805 misticetidos todos los años; á estos debe añadirse una quinta parte de individuos heridos y perdidos; de modo que la suma total de todos los cetáceos apresados, ó por lo menos muertos, ascendió en la citada época nada menos que á 292,714.

No debemos extrañar que á consecuencia de los grandes adelantos en la navegación se visiten hoy día todos los mares polares que antes oponían obstáculos invencibles á los atrevidos marinos. Los buques salen del puerto en marzo ó setiembre, según convenga, para pescar á principios del verano en el polo del norte ó en el del sur. Los más de los pescadores permanecen en este último punto hasta setiembre, y algunos hasta octubre; los que van al norte se quedan hasta marzo ó abril lo más tarde. La pesca ofrece en sí pocos peligros; pero no se podría decir lo mismo del viaje. Todos los años la flota de los pescadores de ballena sufre graves pérdidas: en 1819 naufragaron diez buques de 63; en 1822, once de 79; y en 1830 veintidós de 80. Lo más peligroso para esos hombres es la costa oriental de la bahía de Baffin, es decir la tentativa de penetrar por la gran barrera de hielo que llena casi toda esta parte del mar. «Cuando en este peligroso estrecho, dice Hartwig, el buque es arrojado por el hielo flotante contra las moles compactas, su pérdida es inevitable, salvo el raro caso de que la presión le eleve sobre el hielo,

pues entonces vuelve á quedar en su elemento al verificarse el deshielo. Por fortuna, raras veces hay que deplorar pérdidas personales en tales naufragios, porque el mar está casi siempre tranquilo y la tripulación tiene bastante tiempo para salvarse en otros buques. Pero toda la pesca en general es sumamente penosa y por demás insegura; de modo que puede aplicarse á ella perfectamente el proverbio ó refrán flamenco: «la pesca es lotería.» Muchas veces se logra en poco tiempo cargar el buque de aceite y de placas dentarias, siendo entonces el negocio muy lucrativo para los armadores y el jornal bueno para los tripulantes; pero á veces tambien llega el fin del viaje sin que se haya cogido una sola ballena, y entonces la tripulación, cuyo salario depende en parte de la presa, ha trabajado casi de balde, y el armador pierde una considerable cantidad.

»Por los siguientes datos oficiales se puede ver cuánto depende la pesca de la ballena, del capricho de la casualidad. En 1718 los 108 buques de la flota holandesa que se hallaban en las aguas de Groenlandia cogieron 1,291 de estos cetáceos, cuyo valor ascendía á unos quince millones de francos; al año siguiente, por el contrario, 137 buques no pescaron mas que veintidos ballenas; y á consecuencia de este mal resultado, equipáronse en 1720 solo 117 buques, consiguiéndose coger sin embargo 631 de aquellos cetáceos, lo cual indemnizó en parte á los armadores de las pérdidas sufridas el año anterior.»

Sin dificultad se comprenderá que á causa de esa persecución tan ilimitada como imprudente, hasta en los territorios donde mas abundan los cetáceos, su número disminuye considerablemente. Esta disminución, que de año en año va siendo mas sensible, produce hondo pesar á los amigos de los animales; mas por fortuna, al mismo tiempo disminuye tambien el número de los pescadores bárbaros. Del relato de Scammon, antes citado, resulta que la pesca americana habia llegado en 1854 á su apogeo, pero que desde aquel año va disminuyendo mas y mas. En 1854 equipáronse 668 buques que recogieron 73,696 barriles de esperma y 319,837 de aceite: en 1872 la cifra de aquellos bajó á 218, obteniéndose solo 44,888 barriles de la primera de dichas materias, y 31,395 de aceite. Pocas veces se cubren con las ganancias los gastos del equipo, y hé aquí porqué decrece la imprudente guerra de exterminio de que son objeto estos animales inofensivos, tan dignos de nuestro interés. La pesca de las ballenas ha sido descrita tantas veces y tan minuciosamente, que puedo limitarme á reseñarla con toda la brevedad posible. Cuando los buques han llegado á las aguas de las ballenas, cruzan en ciertas latitudes, ó anclan en cualquier sitio favorable, observando desde entonces continuamente la superficie del agua. El grito del marinero que está en la costa: ¡Allí bufan! produce una excitación increíble en todos los tripulantes; las lanchas, provistas de todo lo necesario, se botan acto continuo al agua; cada una lleva de seis á ocho buenos remeros, un timonel y un arponero, y avánzase con toda la rapidez posible al encuentro de las ballenas que tranquilamente siguen su rumbo. El arpon empleado para el ataque es un hierro con punta en forma de lanza, agudo, provisto de ganchos y atado á una cuerda muy larga y sumamente flexible; esta cuerda se arrolla en una especie de cilindro giratorio colocado en la proa de la lancha. Los pescadores se acercan lentamente y con precaución al cetáceo tanto como les es posible, y en el momento oportuno, el arponero lanza con toda su fuerza el agudo hierro contra el cuerpo del coloso. Apenas hecho esto, todos los remos se mueven á la vez para alejar la lancha de la peligrosa vecindad del monstruo herido. Por regla general la ballena se sumerge al punto, veloz como el rayo, y desenrolla la cuerda

con tal rapidez, que es menester echar agua sobre el rollo para impedir que se encienda. Pero la gran ligereza de estos primeros movimientos es de corta duración; la ballena se tranquiliza y sus terribles enemigos pueden volver á perseguirla. Sucede á veces sin embargo, que el animal fugitivo arrastra la lancha con una rapidez furiosa durante horas enteras; mas por lo regular reaparece al cabo de un cuarto de hora en la superficie para respirar; entonces se acerca una ú otra lancha por segunda vez para lanzar otro arpon contra el coloso. «La imaginación humana, dice un testigo ocular, no puede figurarse cosa mas terrible que aquella carnicería. Sobrecogida de terror, la ballena se precipita de ola en ola, salta en su agonía fuera del agua y cubre la superficie líquida á su alrededor de sangre y espuma; sumérgese formando un remolino allí donde desapareció; sale de nuevo, y otra lanza mortal penetra en una parte del cuerpo intacta hasta entonces; por do quiera el frío hierro aumenta su desesperación. Con sus vanos esfuerzos alborota las aguas en un gran espacio; un temblor se apodera de su enorme mole y sacúdela como el volcán los cimientos de las montañas. Al fin ha perdido toda la sangre; se inclina sobre un costado, juguete de las olas y presa agradable para miles de aves que al momento acuden con la intención de atracarse con el colosal cadáver.»

La ballena muerta se pudre muy pronto; al día siguiente forma ya una masa hinchada, enorme y esponjosa, y á menudo sucede que los gases desarrollados en el interior adquieren tal fuerza, que hacen estallar el cuerpo con un estrépito terrible, llenando el espacio de un hedor insostenible. Comúnmente los pescadores han concluido ya su trabajo antes de comenzar la putrefacción. Se arrastra el coloso con fuertes cuerdas y varias lanchas hácia el buque; despues se le ata y comiézase á descuartizarle. En el palo mayor hay dos gruesos cilindros de madera, por los cuales pasan fuertes cuerdas, cuyos cabos se atan por un lado en el cilindro del cabrestante, quedando pendientes por el otro sobre la banda del buque. Con estas cuerdas se sujeta la cabeza del animal para levantarla hasta la región cervical; y por la nuca se le separa del tronco, que á su vez queda colgado con grandes ganchos para descuartizarle. La cabeza se coloca sobre cubierta á fin de extraer las placas dentarias y la esperma. Los hombres encargados de recoger la grasa, que se colocan en estrechas tablas pendientes de los costados del buque, cortan primero al rededor del cuerpo, del lomo y del vientre, pedazos de un metro de anchura, ántanos sucesivamente con una cuerda y dan la señal para izarlos. Mientras que el cilindro del cabrestante se pone en movimiento, los hombres que están abajo ayudan con sus agudas palas á separar la grasa del tronco, procediéndose así hasta que toda ella queda separada en forma de fajas espirales; el resto del tronco se abandona á los animales marinos. Colocada la grasa bajo cubierta, varios hombres la cortan en grandes pedazos, los cuales se reducen á hojas delgadas por medio de una maquina; despues se derrite en enormes calderas colocadas sobre cubierta, y cuyas paredes están rodeadas exteriormente de agua. Al principio se emplea carbon de piedra para mantener el fuego, sirviendo luego de combustible los pedazos de grasa que han quedado despues del derretimiento. El aceite se enfria en una vasija á propósito, para echarlo acto continuo en barriles, que se bajan á la bodega. A los individuos pequeños se les extraen los intestinos, córtanse en pedazos y se cuecen. «Vestidos con sus peores ropas, dice Pechuel Losche, medio desnudos, bailando, cantando y blandiendo sus cuchillos; llenos de aceite y negros como demonios, los tripulantes trabajan con afán al rededor de las calderas. Todo á bordo es vida y alegría. El aspecto de la cubierta por la

LOS DENTICÉTIDOS—DENTICETE

CARACTÉRES.—Las especies de este sub-orden tienen dientes en ambas mandíbulas, ó por lo menos en una; estos dientes no se mudan, pero pueden caer en parte ó por completo en algunas especies, lo cual constituye un carácter distintivo suficiente para establecer la diferencia entre estos animales y los misticétidos.

LOS DELFÍNIDOS—DELPHINIDA

CARACTÉRES.—Los delfínidos constituyen la primera familia de los denticétidos: son cetáceos pequeños ó de tamaño regular, que tienen ambas mandíbulas provistas en toda su extensión, ó en parte, de dientes casi iguales mas ó menos cónicos; las fosas nasales terminan por lo regular en un solo

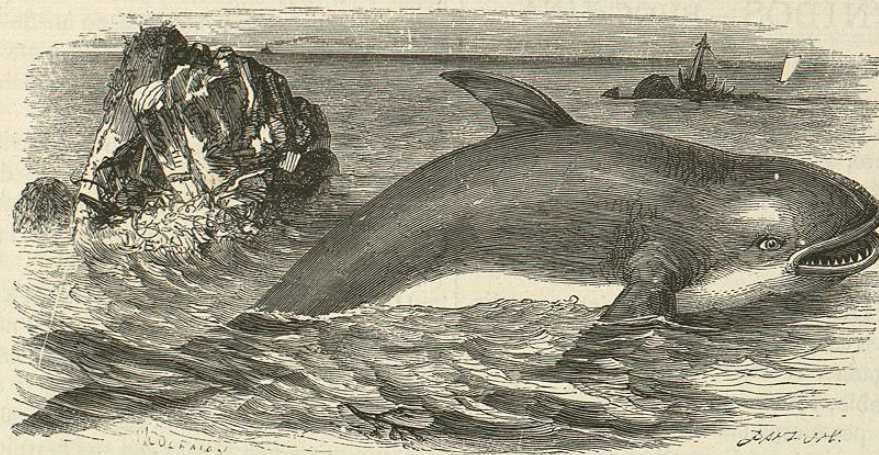


Fig. 313.—LA ORCA MARSOPA

orificio, dispuesto transversalmente en forma de media luna, con las puntas dirigidas hácia adelante. El tronco suele ser prolongado; la cabeza bastante pequeña; y el hocico largo y puntiagudo: en la mayoría de casos existe una aleta dorsal. En el esqueleto es notable la irregularidad del cráneo, cuyo conjunto general afecta la forma de pirámide; el lado derecho de la parte posterior de la pared huesosa y el izquierdo en la del hocico, presentan mayor desarrollo que en los lados opuestos; los frontales están ocultos debajo de los maxilares superiores, las vértebras cervicales se hallan muchas veces soldadas; las otras son muy numerosas. La estructura de las extremidades anteriores es muy irregular: se componen de cinco huesos articulares, cinco del metacarpo y otros tantos dedos de tres á once falanges. Entre las partes blandas, el esófago es muy ancho, el estómago está dividido en tres partes; el intestino es doce veces mas largo que el cuerpo, etcétera.

DISTRIBUCION GEOGRÁFICA.—Los delfínidos habitan todos los mares, así los de los trópicos como los de las zonas polares y templadas.

USOS, COSTUMBRES Y RÉGIMEN.—Son los únicos cetáceos que remontan las corrientes de los rios y que viven del todo en ellos y en los lagos con que comunican; á semejanza de las ballenas, emigran del norte al sur ó del oeste al este.

Todos son por extremo sociables, y muchos forman manadas numerosas.

Las especies pequeñas se reúnen tambien con otros con-

géneres formando grupos, que durante semanas enteras buscan quizás su alimento sin separarse, conducidos siempre por un individuo experto.

Su gran vivacidad, su poco temor al hombre y su afición á retozar, llamaron la atención de los marineros, y hasta de los poetas, desde las mas remotas edades.

Casi todos los delfínidos nadan con increíble rapidez, y se apoderan con mucha facilidad de los peces. Entre los carnívoros marinos son los mas terribles, pues acometen á las mismas ballenas, y gracias á su perseverancia acaban por vencerlas. Aliméntanse de moluscos, crustáceos y zoófitos; algunos comen algas y frutos, que cogen ellos mismos, según se dice, de los árboles cuyo ramaje se inclina sobre el agua; por regla general todos son voraces. Cuanto puede contribuir á su alimentación les parece una presa aceptable. no perdonando ni á sus propios hijuelos y semejantes.

Manifiéstanse unos á otros mucho cariño; pero cuando muere uno, precipitáanse sobre su cadáver y lo devoran.

En el periodo del celo pelean tenazmente, y el vencido sirve de pasto á su rival.

La hembra está preñada diez meses, poco mas ó menos, y pare uno ó dos pequeños, á los que amamanta mucho tiempo y cuida con tierna solicitud, protegiéndoles si algun peligro les amenaza. En algunas especies ayuda el macho á la hembra en tales casos, y si es herido un pequeño, se le llevan sus padres sobre el lomo. Opinase que los delfínidos crecen con mucha lentitud, si bien llegan en cambio á una edad muy avanzada.